

LA TRANSICIÓN POLÍTICA ESPAÑOLA: LA VISIÓN DE ZONA ABIERTA

*The Spanish political transition:
the point of view of «Zona Abierta»*

CALIXTO TOMÉ MANCHADO

*Departamento de Historia Medieval, Moderna y Contemporánea.
Universidad de Salamanca.*

RESUMEN: El presente artículo pretende ser un análisis de la visión que la revista *Zona Abierta* expuso en su momento de la transición política española. Diversos autores desgranaron a través de diferentes textos la realidad política que aconteció en la incipiente democracia española. Los eventos políticos más relevantes, comprendidos entre la muerte de Franco y la firma de la Constitución, son descritos desde un prisma muy particular, lo que confiere a la posición de la revista especial importancia. En definitiva, un análisis de la elite política que al mismo tiempo es parte del proceso político.

ABSTRACT: The aim of this article is to analyze the vision given by the journal *Zona Abierta* on the Spanish political transition, where different authors and different texts attempt to sort out the political reality involved in Spain's burgeoning democracy. The most relevant political incidents, which occurred between the death of Franco and the signing of the Constitution, are described from a very special point of view, which is what makes the position of this journal particularly important in that it offers an analysis of the political elite, made by the political elite, which at the same time form part of the political process.

El presente estudio pretende mostrar, a través de los artículos aparecidos en la revista *Zona Abierta*, la visión que dicha revista desarrolla del proceso de transición política que se lleva a cabo en nuestro país en el mismo momento en el que esta publicación sale a la calle. A partir de un análisis del franquismo la revista ini-

cia una serie de artículos que aparecen durante los años 1976-1978. Bajo un particular prisma, presenta al lector una visión del proceso condicionada por los presupuestos teóricos que atesoran sus miembros.

El estilo abierto de muchos artículos que ahora reunimos aquí se debe al clima en el que están redactados: por una parte, en su apego al momento político, en muchos de ellos se pide la participación del lector a través de la transmisión de cierta ideología en sus páginas; y, por otra parte, junto al carácter de foro de debate del que presume la revista, la presente exégesis nos muestra la actitud y posiciones que toman las elites políticas en determinados procesos históricos: es una visión desde dentro del sistema político.

Hemos de apuntar al presente lector que el análisis que a continuación se presenta se basa en una serie de artículos enmarcados en una visión superior de dicho proceso histórico, por lo que en diferentes momentos el lector se encuentra con llamadas a establecer el socialismo en España; y en no pocas ocasiones el proceso democratizador que atraviesa la sociedad española es contemplado como un paso necesario para la instauración del mismo en nuestro país, fin último al que aspira la revista. Y aunque lo anteriormente descrito nos ayuda a colocar al lector en una panorámica global de lo que la revista representó en su momento, ello no es motivo suficiente para desacreditar totalmente la visión que nos muestra de las fuerzas políticas actuantes en aquellos transcendentales momentos.

Comenzamos con un texto de L. Paramio¹ en el que se examina la posición de las clases dominantes en España al mismo tiempo que perfila las posibles salidas a la situación española tras la muerte del dictador. El valor del texto se manifiesta en los análisis que el autor lleva a cabo de las opciones denominadas *reforma* y *ruptura*, valor acrecentado ya que el texto está fechado en febrero de 1976.

Comienza haciendo alusión a la hegemonía que el capital financiero consiguió durante la década transcurrida desde 1959 hasta 1969. Posteriormente su poder se ve amenazado por la recesión que comienza en 1967 en la que la pérdida de consumo hace que dicho sector pierda apoyos (tradicionales) entre el campesinado y capas urbanas, al tiempo que los gana entre los nuevos sectores de servicios y el naciente proletariado (que va aumentando su fuerza).

Ante la imposibilidad de mantener una liberalización ilimitada se cambia de opción de gobierno, lo que demuestra la flexibilidad del régimen, en el que se busca la representación de todas las fracciones sin la aparición de crisis política (continuidad del Estado, posibilitado de cambios *tan sólo* a nivel de régimen). Durante la hegemonía del capital financiero el eje del sistema de dominación se desplaza del Ejército a la Administración; y en la escena política la preeminencia pasa del Movimiento y la Iglesia al Opus Dei.

El autor apunta los dos errores más comunes al analizar las relaciones entre el Estado surgido del 18 de julio y el bloque dominante: por un lado, aquellos que mantienen la ilusión de que estas relaciones son inevitablemente conflictivas (pos-

1. PARAMIO, Ludolfo: "El bloque dominante ante la ruptura democrática", en *Zona Abierta*, nº 7, (1976), pp. 3-14.

tura mantenida por el PCE); y por otro lado, la simplificación que pretende ver en el Estado del 18 de julio la forma ideal para el mantenimiento de la dominación capitalista en España (postura personalizada por R. Soler). Para el autor ambas visiones son sólo factibles hasta 1969, no después: "Tan solo recientemente se ha comenzado a comprender que el gobierno monocolor (1969) no representa una victoria de los tecnócratas, sino una huida hacia adelante en el mismo momento de su hundimiento político". Y lo explica de esta forma: "desde el momento en que los intereses del capital financiero (*Opus Dei*) no son ya los intereses del capital en su conjunto, el capital industrial reclama con urgencia la instrumentación de medios de representación política"; estos sectores aspiran a nuevos mercados (CEE) y a una redistribución de la plusvalía en favor de sectores punta a través de una reforma fiscal; para lograr todo esto se promovió el "asociacionismo" y el asunto "Matesa" como elemento de ruptura.

Se instaura de nuevo un bonapartismo en la figura de Carrero, en el que las nuevas clases medias (capas altas del sector servicios) pretenden una liberalización del régimen desde su posición privilegiada ya que se encuentran en la Administración. "Frente a esta situación el capital financiero sólo tiene una alternativa: transformar el régimen dentro de una continuidad del Estado. Esta continuidad es fundamental, porque: a) garantiza el mantenimiento del predominio del capital financiero, y b) garantiza el mantenimiento de la dominación del capital". Pero el capital financiero se ve abocado a un tiempo de espera debido a la burocracia del Movimiento (y sus privilegios) y la posición preeminente del *Opus Dei* (apoyado por Carrero).

En 1973 Carrero forma gobierno, pero sólo puede ofrecer una apariencia de estabilidad y firmeza mientras la situación continúa descomponiéndose. "Sin embargo, Carrero desempeña un papel real al evitar el estallido de la crisis del régimen y su transformación en una crisis de Estado. La figura de Carrero era la única que garantizaba la continuidad del Estado en el momento de la muerte de su fundador, el eje sobre el que era posible mantener la unidad del bloque dominante".

La muerte de Carrero dio paso a la figura de Arias que se presentó con un programa de liberalización (el espíritu del 12 de febrero). Su gobierno lo forman mayoritariamente hombres de la banca, pero las tensiones con la burocracia hacen salir al más liberalizador del régimen del gobierno (Pío Cabanillas) y las ejecuciones en 1975 de miembros de ETA aíslan al Estado español. La coronación del rey abre puertas hacia Europa. "Si la apertura de Arias pudo ser derrotada por la derecha del régimen apoyándose en Franco, ahora cabe esperar que los aperturistas venzan apoyándose en el Rey".

En 1976 confluyen tres proyectos distintos para el país. El *inmovilista* conformado por la burocracia del régimen; la *reforma* que defiende los intereses del capital financiero, que pretende una democracia bajo el Estado del 18 de julio (en esta se incluye el capital industrial mientras juzga viable dicha opción, aunque luego tendrá su propia posición en su política hacia el poder); la *ruptura democrática* defendida por las clases dominadas que aspiran a mejorar tanto su posición como al país (puede unirse al capital industrial si la reforma fracasa pero en ningún caso al capital financiero).

El proyecto de la *reforma* es viable aunque de difícil ejecución. Pasa por crear partidos políticos de "centro" (y "nacional") al mismo tiempo que partidos obreros. "Esta es una paradoja que suele sorprender y causar serios problemas a la derecha: no es posible organizar políticamente a las clases dominantes sin permitir simultáneamente la organización política de las clases dominadas". Dicho proyecto tiene que enfrentarse a dos problemas: tanto si recurre a la represión (por miedo a la derecha del régimen) como si los cambios del país se estancan o se retrasan respecto de las necesidades de la sociedad civil, puede llegar a su final. La reforma deparará dos grandes partidos que reflejan dos sistemas de acumulación alternativa.

Respecto al proyecto de la *ruptura* el autor se manifiesta contra dos tópicos: frente a los que postulan que se debe dejar una puerta abierta a la reforma, el autor replica que proponer un pacto social es cercar toda posibilidad real de ruptura; y por otra parte, frente a los que consideran que las clases trabajadoras deben optar entre la ruptura o una política autónoma, el autor responde que sólo una política autónoma (que no exenta de alianzas) puede dar lugar a la ruptura.

Este proyecto se debe basar en la unidad y autonomía del movimiento obrero, y debe proponer/acoger afiliados dispuestos por la ruptura. El autor cita los casos griego y portugués como ejemplos de ruptura en los que no existía una preponderancia de la clase obrera sino que fueron dirigidos "desde arriba" y ello conllevó menos ventajas para el movimiento obrero.

En la siguiente aproximación a la realidad española de los últimos tiempos franquistas y primeros pasos de la democracia encontramos la contribución de J. Leguina², quien cree que la involución política "ya parece improbable" y se considera miembro de Convergencia Socialista de Madrid (FPS). El autor postula un modelo para llegar al socialismo a través de la democracia, vía elecciones, controlando desde el gobierno una posible involución militar, pero no explica en ningún momento cómo ganar a los militares (sobre todo a una cúpula heredera directa de la victoria de 1939) para la causa socialista.

El autor, en su texto, se compromete a hablar del camino que conduce a la Revolución, en la que se distinguen:

tres procesos históricos y los correspondientes cuatro puntos de ruptura encuadrantes. El punto de ruptura inicial, que marcaría el inicio de la etapa, estaría constituido por la *ruptura democrática*, es decir, la consecución de los derechos y libertades tantas veces citados. A partir de este punto se abriría un proceso que podría denominarse: *consolidación de la democracia*. Una larga acumulación de fuerzas políticas por parte de la clase obrera y sus aliados caracterizaría este proceso cuyo cierre vendría dado por un pacto de ruptura que podría denotarse como: *Gobierno de la mayoría*. A partir de ese punto se abriría un nuevo proceso, caracterizado por la agudización definitiva de la lucha de clases, que se podría denominar inicio de la transición, para finalmente resolver la crisis social mediante la *toma del poder por*

2. LEGUINA, Joaquín: "La larga marcha hacia el socialismo en España", en *Zona Abierta*, nº 9/10, (1977), pp. 53-67.

la clases populares, punto de ruptura que abriría paso a la definitiva transición al socialismo³.

Respecto de las clases dominantes, considera que la "oligarquía financiera" es hegemónica hoy y que el capitalismo extranjero introduce modificaciones en la correlación de fuerzas en dicha clase, sin que por ello, dice el autor, se haya de deducir que la "bunkerización" se encuentre entre la oligarquía financiera ni que el capitalismo exterior sólo quiera defender sus intereses de las multinacionales (apunta que el imperialismo tiene otros muchos intereses en España).

Sobre la primera fase que el autor apunta en las páginas citadas anteriormente, considera que la derecha española se ha dado cuenta de que tiene que cambiar sus posiciones para legitimarse ante la sociedad: "La estrategia consiste básicamente en asumir esa nueva legitimación a cambio de las mínimas concesiones a las representaciones políticas de las clases dominadas". Por el contrario, la izquierda pretende "conseguir un máximo de libertades a cambio de un mínimo de legitimación", aunque tiene mayores problemas, pues le va la supervivencia en ello y además carece de aparatos de presión (como no sea acelerar la lucha de clases, para lo que se podría utilizar la crisis económica).

El potencial del movimiento obrero hace impensable la llegada de las libertades democráticas; para el autor la *ruptura* consistiría en estas libertades: 1) *Libertad de Asociación*; 2) *Libertad de reunión y manifestación* ("Si las organizaciones de masas son las herramientas de la lucha de clases, las asambleas o las manifestaciones son la expresión misma de esa lucha"); y 3) *Autonomías nacionales y regionales* (habla de nacionalidades del Estado).

Respecto de la segunda fase, considera que es el proceso durante el cual se vacía de contenido formal el uso de las libertades; el intento de control (sobre el conjunto de procesos sociales) deberá llevar a una toma de conciencia masiva capaz de hacer viable electoralmente un programa gubernamental anticapitalista.

Para el autor, se debe avanzar en todos los frentes de lucha (tanto en el laboral —el más importante— y el estudiantil, como en el femenino y el ciudadano) a través de las organizaciones de masas en unidad y organización. Afirma que hay que saber diferenciar la relación principal de dependencia (política, ideológica o económica); y además, hay que usar otras vías que no son sólo las laborales. Promueve el afianzamiento y generalización de la lucha, que lleve a la unidad; y como elemento clave de esa unidad debe situarse la unidad sindical impedida hoy por: 1) la fragmentación de la izquierda; y 2) el estado "de aluvión" de los propios movimientos.

Para llegar a la unidad (tan necesaria a corto plazo) deben darse estos presupuestos: 1) ninguna de las tendencias ideológico-políticas dentro del movimiento debe gozar de *hegemonía*; 2) persistencia de la *Democracia interna* que permita la libre expresión y la autogestión; y 3) necesidad de *control por la base*; para conseguir la unidad a nivel político, en lo que los socialistas deben tener un papel básico.

3. *Op. cit.*, p. 54.

A la pretendida unidad se va a oponer la burguesía mediante "la integración del movimiento de masas a través de las prácticas reivindicativas de tipo socialdemócrata o populista" y también, mediante las "amenazas de Estado de excepción, es decir, de golpe de Estado". El autor propone que frente a la primera medida de la burguesía se debe actuar concienciando a las masas de la salida en falso que se promueve, y frente a la segunda medida el autor apela a la influencia del entorno europeo y al control del conjunto militar como claves.

En la tercera fase, el *gobierno de la mayoría*, lo importante es llegar al ejecutivo para minimizar la capacidad represora de la burguesía y sentar las bases de la futura autogestión. Para el autor, "tomar el gobierno no es evidentemente tomar el poder", pero es el primer paso. Para ello propugna la victoria en las elecciones. Respecto de la composición del gobierno (en el que admite la presencia de populistas y socialdemócratas, considera que lo más importante no es ésta: lo substancial es el contenido de clase del programa, que debe ser democrático política e ideológicamente y antimonopolista (es decir, anticapitalista) en economía.

En la cuarta, y última fase, el autor propugna la derrota final de la burguesía, en el que el triunfo electoral y el programa económico deben ser el inicio de la etapa. Poseer el gobierno debe significar menos represión para los grupos sociales que la sufren habitualmente, y también debe conllevar una profundización cualitativa de la lucha de masas.

En esta recta final, la burguesía preparará una crisis política (con fondo económico), por lo que no se debe dudar de las medidas a aplicar: de carácter político. Las armas del proletariado deben ser la lucha de masas y el uso del aparato del Estado en manos del gobierno. La burguesía intentará una insurrección por la que el centro de la cuestión se traslade al terreno militar. En esta situación las condiciones para el triunfo son: Por una parte, apoyo masivo de las capas medias al proletariado, a través de la profundización ideológica; y, por otra,

sólo mediante una política militar correcta puede evitarse la salida sangrienta de la crisis. Tanto el aislacionismo del aparato militar como la provocación disfrazada de política por parte de la izquierda, suelen ser las tácticas de la izquierda que llevan a la masacre de los movimientos de masas⁴.

Hay que desmontar la estrategia de la burguesía de los "intereses nacionales" y esto no puede dejarse para el final, pues ya sería demasiado tarde. El autor apunta otro elemento en el que la izquierda suele equivocarse: "otra política que puede resultar nefasta para la izquierda consiste en la provocación que en los hechos resulta de trasladar mecánicamente el esquema de clases al seno de las fuerzas armadas"; con ello el autor se refiere a ciertos análisis en boga en los que se presenta a los soldados como parte del proletariado, los suboficiales como pequeña burguesía y los oficiales como burguesía, con lo que la mayoría resultante sería la vencedora, olvidando, advierte el autor, la esencia del funcionamiento del ejército: la disciplina/obediencia inmediata.

4. *Op. cit.*, p. 66.

Los textos en los que se aborda directamente y como objeto de estudio la transición política española son presentados por la revista bajo el título de "análisis de coyuntura". Dichos análisis gozan y sufren a la vez en sus resultados de la inmediatez con la que reflejan la realidad española del momento.

En el primer artículo⁵, fechado en agosto de 1976, se examina la crisis del gobierno de Arias Navarro. El autor se pregunta por el carácter de la formación social española, contestándose que ésta "se mueve hacia la superación de las estructuras políticas que tuvieron como origen el levantamiento militar del 18 de Julio". En esta dinámica, las clases dominantes, sobre todo el gran capital, consideran que el futuro pasa por abrirse al mundo y entrar en el Mercado Común, y, del mismo modo, admiten como condición indispensable para ello la instauración de un régimen democrático en España (pero de tal forma que no haga peligrar su sistema de dominación). La pequeña burguesía y las capas medias están también por la superación del franquismo, siempre que el nuevo régimen garantice la satisfacción de sus reivindicaciones económicas.

El régimen ha ido cambiando para intentar reabsorber cierta transformación social y no perder autonomía, "lo que significaba tener que poner todo su esfuerzo en aumentar su *capacidad de integración*, más que en aumentar su capacidad de negociación". Pero en ello se manifiesta la debilidad del régimen para llevar adelante cualquier tipo de transformación: hace uso de la represión con demasiada frecuencia.

Respecto de las posibilidades del franquismo de autorregenerarse, el autor critica duramente aquellas posiciones de la izquierda que consideran que a la muerte de Franco caería el régimen con él, negando cualquier posibilidad de reforma, si acaso reconsideran la opción de una *ruptura pactada*. Para el autor, todas las opciones reformistas buscan un mismo fin que no es otro que "producir un cambio en la forma de Estado [...] bajo la permanente dirección de la burguesía, evitando toda crisis de Estado que pueda suponer, bien una involución política o bien un avance sustancial de las clases dominadas hacia el poder político".

Las opciones de triunfo del reformismo pasan por la superación de tres problemas:

- I) "Allanar los obstáculos que se le presentan dentro del propio Estado", es decir, neutralizar a los inmovilistas, superar sus órganos, transformar los cuadros de tal forma que el centro de poder (Gobierno, Monarquía...) no se quede solo.
- II) Resolver la crisis orgánica en la que parece hundirse la burguesía española: utilización del Estado para crear partidos políticos y a la vez neutralizar la crisis económica.
- III) Mantener subordinadas a las clases dominadas durante la transición: a través de la combinación de acción permisiva/acción represiva inter-

5. Estos artículos generalmente vienen firmados con iniciales, de las que nosotros partimos para atribuirles su paternidad a algún miembro de la revista. En este caso consideramos posible que la autoría de este texto corresponda a GOMÁRIZ, Enrique: "La crisis de Julio y la perspectiva reformista", en *Zona Abierta*, nº 8, (1976), pp. 4-22.

mitentemente y también con la división de las direcciones partidarias de la ruptura.

Dependiendo del grado de consecución de estos tres objetivos cristalizará una u otra de las siguientes posiciones: 1) *La reforma neocanovista*, de tintes gaullistas, con gobierno de la derecha, empleo de referendos, e ilegalización del PCE (y afines); 2) *Proceso reformista bajo el predominio absoluto de la Burguesía*. En esta opción se daría un acuerdo entre los partidos burgueses de oposición y el reformismo para llegar a una democracia burguesa de centro-derecha, en la que el capital financiero perdería poder, y el ejército debería modernizarse, el PCE actuaría camuflado; y 3) *Proceso reformista bajo el predominio relativo de la Burguesía*. Se establecería a través de un acuerdo entre el reformismo y el conjunto de la oposición, en el que tanto el PCE como los demás partidos estarían legalizados, con un sistema económico similar al anterior, y considerado peor modelo que el anterior por los EEUU.

El autor pasa a examinar la práctica de la reforma, en donde se pregunta: "¿podemos considerar el hecho incuestionable del funcionamiento del gobierno reformista nacido del pasado diciembre, como explicitación de una dinámica política mínimamente ajustada al movimiento histórico global?". Se contesta que el reformismo triunfa allí donde es capaz de cumplir su programa, diseñado para solucionar los problemas (económico-políticos) del momento; en este caso perfilado para cambiar las estructuras políticas nacionales a través de la aprobación de los derechos de reunión, manifestación y asociación, la proclamación de una constitución, la celebración de un referéndum (para superar la oposición de las Cortes franquistas y dar legitimidad al gobierno ante la oposición), y la celebración de elecciones en 1977 con sufragio universal. Mientras iba cumpliendo su programa ha llegado a la prueba definitiva: la convocación de elecciones legislativas.

Ante los tres problemas citados, el reformismo ha actuado consiguiendo frente al primero un avance del programa con algunos retrasos y sin llegar a todo lo que pretendía el gobierno. En cuanto al segundo, se han logrado ciertos partidos políticos (el conformado por Fraga, la Federación de Partidos Demócratas...) y se va resolviendo la crisis de representación política de la burguesía dentro de la reforma; respecto de los problemas socio-económicos el gobierno no ha mejorado la situación pese a racionalizar el sistema tributario, y crear la patronal, pero la actual ley de relaciones laborales no ayuda a la consecución de un pacto social que bloquee la espiral inflacionaria. Y respecto al tercer problema, la valoración de los logros del gobierno es más compleja. A pesar de su victoria parcial sobre el movimiento huelguístico (basada en la represión), no ha resuelto la cuestión de la movilización sociopolítica (si bien controla Madrid, no así el País Vasco ni Cataluña). La solidez del reformismo queda en entredicho ya que no ha solucionado ninguno de los tres problemas esenciales de forma total.

A partir de aquí, el autor se dedica a analizar el precipitado político de la crisis de julio, en el que entiende que la caída de Arias es fruto de la operación reformista puesto que con él no se podía avanzar más. El nuevo gobierno Suárez está más capacitado para llevar la reforma por la vía de la ruptura pactada (ya única

vía reformista), porque está mejor situado para contar con la oposición, aunque tiene menos apoyos en el Estado. El autor establece que "no cabe duda que la piedra angular de la reforma —en cualquiera de sus modalidades concretas— es la Monarquía", en cuanto que se afirma sobre los inmovilistas y es respetada por los militares (a los que considera conservadores pero sin veleidades guerreras, aunque están dispuestos para las mismas si lo estiman necesario). Por otra parte, "parece confirmarse que es ésta (la tendencia reformista) la tendencia predominante", aunque se hayan producido ostensibles límites de flexibilidad; ello permite aducir que tiene posibilidad real de consolidarse como dinámica política (considera asimismo que la involución tiene más posibilidades y poder para producirse que la ruptura).

En el tramo final de su artículo, el autor pasa a analizar las clases dominadas y sus direcciones políticas mayoritarias. Aduce que aunque el movimiento obrero se mueva por elementos económicos (convenios colectivos) se va a politizar enseguida. La falta de partidos políticos y sindicatos bien organizados a nivel nacional es su principal debilidad. De igual modo, considera sobre la crisis que "dadas las condiciones económicas y políticas nacionales e internacionales, nada parece indicar que la posible democracia burguesa deba resultar forzosamente estable", en la que tendrán su peso los sujetos que la lleven a cabo. Proclama que las clases dominadas deben orientar sus esfuerzos a conseguir la organización económica y política que necesitan.

En el siguiente análisis de coyuntura publicado por la revista⁶ se reconocía que en menos de un año la iniciativa había pasado al gobierno. Tras un repaso de las posiciones de la izquierda y de los motivos/causas que las justifican, los autores terminan pidiendo que se reorganicen los movimientos de masas como única forma de frenar las intenciones del ejecutivo de gobernar frente a los trabajadores.

Por otra parte, en su consideración de la izquierda, ésta es calificada de «lenta» ya que cree que siempre se mueve por delante y en estos momentos el gobierno es quien ha iniciado una ofensiva. Las primeras medidas de Suárez van encaminadas al ejército (inmovilistas): son una combinación de diálogo y acción (encuadradas en estas últimas se pueden considerar la sustitución de De Santiago por Gutiérrez Mellado —liberal—, la sustitución del Director General de la Guardia Civil, el Director General de Seguridad, el Inspector General de la Policía Armada, al mismo tiempo que se crea el cargo de General Jefe del Estado Mayor del Ejército en un intento de despolitizar y profesionalizar la dirección del mencionado cuerpo). Posteriormente, suprime el TOP y prepara una gran amnistía (retrasada por el *affaire* Oriol).

Por otra parte, y encuadradas también en esta óptica de promulgar iniciativas, el gobierno consigue aprobar el proyecto de Reforma Política en las Cortes franquistas, lo que le permite desatarse de la institucionalidad heredada, aunque todavía le falta legitimidad. Para conseguir ésta promueve el referéndum sobre la Reforma Política, que se celebra sin gran peligro (aunque la izquierda es obstaculizada en su campaña de abstención) para el ejecutivo.

6. LEGUINA, Joaquín; REVERTE, Jorge M. y PARAMIO, Ludolfo: "Dos proyectos del gobierno, dos tácticas de la izquierda", en *Zona Abierta*, nº 11, (1977), pp. 5-18.

Por otra parte, la izquierda se presenta lenta y vacilante, al tiempo que se mueve sobre tres ejes: 1) la unidad de la oposición; 2) la negociación con el gobierno Suárez; y 3) el fortalecimiento y mejora de sus propias posiciones. Se enmarcan en un proceso en el que resultan ser los elementos más débiles. Si en el primer trimestre de 1976 se piensa en una *ruptura desde fuera*, basada en forzar concesiones del ejecutivo debido a la fuerza de las movilizaciones hasta poder formar un gobierno provisional, actualmente ya no es posible esta estrategia dada la falta de libertades que inciden en un debilitamiento de las manifestaciones y crea tensiones con la oposición tímida (el sector menos rupturista). Para los autores, la izquierda se ha confundido: no ha sabido encauzar a las masas a un *tempo* político; mientras, mantiene un tono triunfalista cuando ya no tiene opción de plasmar sus postulados.

Acabada la fase de los faroles con Fraga-Arias, ahora trata de mejorar su posición negociando con el gobierno para que éste la incluya en *su* proyecto de reforma. Mientras tanto, se ha producido la fragmentación sindical "porque se partía de una situación de predominio de *un* partido político en *una* central sindical". En otoño de 1976 se cambia la estrategia (cada vez más encarrilada a la necesaria negociación):

El hecho es que la izquierda opta por un modelo de negociación con el gobierno: la famosa comisión de los nueve (o de los diez, que nunca se sabe muy bien). Hay dos hechos llamativos en esta estrategia: 1) se margina a la extrema izquierda; 2) se plantea un apoyo "crítico" al gobierno, llegándose a pactar de manera tácita el ministado de excepción iniciado a finales de enero⁷.

En este punto los autores se preguntan: "¿En qué medida la estrategia de la izquierda era realista? ¿En qué medida estaba de acuerdo con sus principios políticos?" Se responde bien que el espectáculo ofrecido por la izquierda ha sido poco edificante. Tanto el PSOE como el PCE han prescindido de la extrema izquierda en las negociaciones, no solo físicamente (condición del gobierno) sino también "temáticamente". Ello le dejó a esta última las manos libres, y tanto el PSOE como el PCE se moderaron.

Otra pregunta les suscita el panorama de la izquierda: en qué medida la estrategia de la izquierda era realista. Ello se establece en función de la valoración que la izquierda hacía del proyecto Suárez. Consideran cuatro posibilidades: 1) continuidad del régimen (mantenimiento del bloque de poder); 2) ampliación del régimen (solución Arias-Fraga); 3) alianza centro-derecha; y 4) pacto democrático.

Nuestra tesis es que, detrás de la estrategia de negociación de la izquierda, existía el postulado de que Suárez había optado por una solución del cuarto tipo. Eso implicaba el acceso a la escena política de los grupos del espectro socialista, con el PCE de convidado de piedra y la extrema izquierda relegada a las tinieblas exteriores.

7. *Op. cit.*, p. 13.

Lo importante es darse cuenta de que, en vista de la situación de partida, si se aceptaba que el proyecto Suárez era éste no quedaba más alternativa que la negociación con el gobierno. Excepto, por supuesto, para los grupos de extrema izquierda que podían, en principio, perder mucho más de lo que ganarían entrando en la negociación con el gobierno. Para los demás, pero especialmente para el PCE y el PSOE, había mucho que ganar.

El PCE podía ganar su legalización. Parece razonable admitir que esta cuestión ha jugado un papel primordial en la determinación de su estrategia; la aparición pública de Carrillo en Madrid, siendo una apuesta arriesgada, era en realidad un paso más en un proceso de normalización en el que habría sido absurdo esperar que el gobierno tomara la iniciativa.

El PSOE gana en protagonismo. Mientras que en un proceso de enfrentamiento con el gobierno sería muy posible que el primer actor fuera el PCE, en el proceso de negociación la posición clave era la del PSOE. Ahora bien, sería injusto pensar que el PSOE debía renunciar a sus principios para jugar este papel. El protagonismo del PSOE permitía la obtención escalonada de la legalidad para el resto de la izquierda, permitía la normalización de la vida pública y el avance sin fracturas hacia el proceso electoral. Como nadie ignora, el sueño dorado de la izquierda española sería, en estos momentos, llegar a las elecciones y perderlas decorosamente⁸.

Sus referencias al terrorismo son escasas, si bien consideran que el "problema de las nacionalidades se posterga *sine die*". Por otra parte, consideran que la oposición ha tragado con casi todas las imposiciones del gobierno. Posteriormente llegan las legalizaciones que sólo afectan al PSOE y a partidos de ámbito socialista. Mientras, todos los comunistas se quedan fuera. Todo ello es aderezado con una política de Fernández Miranda encaminada a una socialdemocracia de derechas con apoyos de Alianza Socialista. Por otra parte, concluyen, ante la previsión de que la izquierda experimenta un alarmante crecimiento, Suárez abandona el modelo de centro (cuyo eje es el Centro Democrático de Areilza y Pío Cabanillas) y busca un modelo de seudocentro-izquierda (con CD y la Federación Social Independiente). En todo ello juegan un gran papel los medios de comunicación en manos del gobierno (RTVE) o afines a sus propuestas, presentando al PSOE como un grupo extremista.

En el siguiente análisis de coyuntura⁹ se estudia la situación de la izquierda tras las elecciones generales que tuvieron lugar el 15 de julio de 1977; tomando como elementos característicos la crisis, los sindicatos y el PSOE, consideran que:

Las elecciones del 15 de Junio no pueden ser obviadas, como, quizás inconscientemente, pretenden los grupos de la izquierda radical, nada favorecidos por las mismas, ni semánticamente manipuladas, como han intentado ciertos hombres del PC ("voto de aluvión") y PSP ("voto de calidad"), ni siquiera magnificadas, como sin duda están continuamente predispuestos a hacer, dentro de la izquierda, los integrantes del PSOE¹⁰.

8. *Op. cit.*, p. 14.

9. LEGUINA, Joaquín y PARAMIO, Ludolfo: "Análisis de coyuntura: la izquierda tras las elecciones", en *Zona Abierta*, nº 13, (1977), pp. 5-20.

10. *Op. cit.*, p. 5.

Los autores analizan la disposición de la derecha ante las citadas elecciones. Según ellos, la derecha necesitaba las elecciones para conseguir que:

- a) quedara "definitivamente" legitimada la monarquía, interna y externamente.
- b) Pudiera aglutinarse un gobierno de derecha moderada (operación UCD), con un muy amplio consenso electoral que:
 - i) permitiera una institucionalización autoritaria del aparato político representativo del Estado;
 - ii) diera posibilidades de abordar la resolución de la crisis económica (leáse recomposición de la tasa de ganancia) con el mínimo de concesiones a las clases dominadas;
 - iii) Mostrara el poco apoyo de la izquierda a nivel electoral y, por consiguiente, las "inmoderadas pretensiones" de ésta¹¹.

Pero los resultados no han acompañado estos deseos, demostrando que "el proyecto es, pues, ampliamente desenmascarado y se vuelve, por tanto, parcialmente inviable"; ya que los resultados han sido favorables a la izquierda en Euskadi, Valencia y Andalucía. Por otra parte, la izquierda acudió a la convocatoria electoral con dos condiciones explícitas: ni el papel de la monarquía, ni el aparato armado del Estado entraban en el juego electoral. Pero, pretender a partir de ello que la monarquía será neutral de cara a los proyectos socialistas, para los autores, "no sólo es olvidarse de la historia, sino del más elemental sentido de la realidad".

Continuando con el análisis de la derecha, exponen que ésta ha perdido la opción de: a) "instaurar dentro de la misma operación, es decir, a corto plazo, un Estado descaradamente autoritario" (basado en la inconcreción de los derechos individuales y colectivos en la Constitución, y en la intangibilidad de las policías); y b) recomponer la tasa de ganancia a golpe de un "trágala" en forma de pacto social.

Frente a este panorama político, la izquierda en su avance hacia la "consolidación de la democracia" se apoya en dos pilares: por un lado, la *institucionalización de la democracia*, cuyas tareas inmediatas son la aprobación de la Constitución democrática y la erradicación de los focos fascistas en las FF.AA. y la policía; por otro lado, un *avance político*, lo que significa, primero, la construcción de una alternativa de gobierno susceptible de ser apoyada por el conjunto de las clases dominadas y, después, la reconstrucción del movimiento sindical. Los autores apuestan por el mantenimiento del movimiento de masas sin llegar a provocar una crisis social puesto que ello conllevaría una salida involutiva. Por otra parte, consideran que ante el uso que la derecha hace de la crisis económica como elemento disuasor frente a las aspiraciones de la izquierda, ésta diverge: el PCE apuesta por un gobierno de salvación (al que se opone el PSOE), haciendo gala de un indisimulado partidismo ya que intenta, con su participación o sin ella en dicho gobierno, integrar al PSOE en la puesta en práctica de medidas antipopulares, en lo que los autores consideran un "reflejo italiano".

11. *Op. cit.*, p. 10.

Para los autores, si la UCD ofreciese la participación en el gobierno a la izquierda, a lo que difícilmente ésta podría sustraerse, debería tener preparada su contraoferta, que basan en: primero, un *Pacto constitucional* en el que se conformaría una constitución democrática a la que deberían someterse tanto las FF.AA. como la monarquía; segundo, la *erradicación del franquismo del aparato del Estado*; y, por último, un *Programa económico de amplias reformas*, basado en nacionalizaciones y reformas profundas. Consideran que sin una crisis social, ni UCD-Suárez van a compartir el gobierno ni PSOE-González estarán dispuestos a participar en el mismo.

Por otra parte, la situación desgasta al gobierno y no satisface a la burguesía, que se dividirá en dos posiciones: fuerzas predominantes en el régimen (Banca y afines) y, por otro lado, los interesados en un cambio, la industria proeuropea. Ante este fraccionamiento, o bien se produce un desgaste de Suárez que para evitar un golpe de Estado llamaría a un gobierno de salvación, o bien se llegaría a un gobierno del PSOE que se "quemaría" sin hacer su política. Por tanto, ello explica la posición del PCE en su esfuerzo de que el PSOE adquiriera reponsabilidades de gobierno, mientras los autores prefieren la continuidad de Suárez.

Finalizan su artículo arguyendo que, mientras, dos tentaciones abordan al PSOE: creerse en exceso su propaganda electoral ("somos una alternativa de poder") cuando a lo más que pueden llegar es a ser alternativa de gobierno, lo que daría lugar a la división de la izquierda, del partido; y a hacer el juego a la Burguesía para consolidar la socialdemocracia que tienta a todos (excepto a la izquierda radical). Pero para ello es necesaria una situación sindical, política... que lleve al bipartidismo, riesgo que el PSOE no va a correr todavía. La otra tentación que aborda a toda la izquierda es la del hegemonismo a toda costa; a cierto sectarismo el PSOE está obligado por sus circunstancias de recuperación de identidad... pero si perdura, incrementaría las grietas en la izquierda.

En el siguiente número aparecido de la revista se publicaba un examen de coyuntura¹² en el que se investigan los Pactos de la Moncloa, análisis en el que achacan una cierta debilidad a la izquierda, tanto en la firma de los mismos como en la escasa constatación que han conseguido de las contraprestaciones en ellos incluidas.

Los autores parten del verano de 1977 en el que Fuentes Quintana-Fernández Ordóñez proponían el plan del gobierno para salir de la crisis basado en la bajada de costes salariales, mejora del intercambio con el exterior, mayor capacidad fiscal, menor inflación que, a pesar de la oposición de los trabajadores, sería puesto en marcha gracias a reformas del Estado, ("democracia cautelosa") y reformas económicas (fisco) y presión sobre la izquierda (que sufre una mala situación general).

Respecto a los pactos, desmienten la idea de que la banca esté contra ellos cuando es uno de sus directos beneficiarios. No se apresuran a condenar dicho pacto ni a sus firmantes, pero reconviene a la izquierda por hacer una lectura equivocada de los mismos.

12. LEGUINA, Joaquín y REVERTE, Jorge M.: "Después del Pacto de la Moncloa", en *Zona Abierta*, nº 14/15, (1978), pp. 4-12.

Para los autores, la correlación de fuerzas nacida de el 15 de junio impide a la derecha imponer su salida autoritaria (en mente en UCD) y por ello busca la salida más pasiva para la izquierda. Ante ello la izquierda tiene dos posibilidades: por un lado, fomentar la conflictividad social (de masas y en el parlamento) para de esta manera forzar un cambio en el gobierno que genere a su vez una crisis social aguda que desemboque en una dicotomización social que dé lugar a un enfrentamiento entre las dos partes (para los autores "sólo los ciegos políticos darían más probabilidades de éxito —aquí y ahora— a la izquierda que a la derecha, independientemente de que sólo una parte de los partidos mayoritarios de la izquierda hubieran apostado en semejante suerte"); por otro lado, aceptar el envite del gobierno, incluso ofreciendo consenso (de gobierno: PCE; pragmático: PSOE). Esta última opción podría salir adelante con UCD y PCE como protagonistas y con el resto de la izquierda aceptando una moderación salarial para 1978, a cambio de discutir el programa económico a aplicar y algunas leyes políticas.

Los autores consideran que no había otra alternativa ya que la izquierda no quería jugar la baza del consenso sindical y aplazó la cuestión del salto cualitativo *sine die*. Por otra parte, ningún programa de la izquierda (representativa) contemplaba soluciones anticapitalistas (intentan racionalizar pero no destruir los centros capitalistas: los monopolios), por tanto el pacto se engloba en la línea de consolidación de la democracia. Al mismo tiempo, tanto el PSOE como el PCE pretendían: primero, acabar con los restos de franquismo; segundo, limitar el impacto de la crisis en el pueblo; y finalmente, lograr contrapartidas en educación, vivienda...

La izquierda firmante del pacto valora los acuerdos bajo dos soportes: 1º) había que asumir la crisis y la salida capitalista dadas las fuerzas en juego; y 2º)

el pacto en las condiciones actuales no representa un paso atrás, sino que puede representar el afianzamiento de *otro* capitalismo cuya alternativa socialista es más clara si cabe que antes. En otras palabras, consolidar la democracia y crear las condiciones para un gobierno de contenido anticapitalista parecen ser los objetivos que la izquierda pretende conseguir con el pacto¹³.

En cambio, la derecha se presenta ante el pacto para rebajar las contrapartidas y consolidarse políticamente (disolución de partidos de UCD), gobierna reprimiendo en la calle y mostrando en el parlamento que la izquierda no puede sacar ni una sola enmienda adelante (con ayuda de AP). "A este respecto la izquierda firmante en la Moncloa ha comenzado a pagar un error del que debería extraer las lecciones oportunas: las contrapartidas no fueron suficientemente especificadas, y, en muchos casos, se quedaron en meras declaraciones de principios". A su vez la derecha intenta abandonar el capitalismo franquista (endebles, especulador...) y entrar en el mundo (Europa) de la mano de mercados e inversiones.

13. *Op. cit.*, p. 10.

Por contra, finalizan, la izquierda se mueve entre diversas hipótesis: a) la crisis es estructural y el sistema no puede solucionar la distribución de la renta ni del trabajo; b) la crisis es general y no parcial lo que implica que es necesario una respuesta supraestatal; y c) el gobierno se está deteriorando ya que no encuentra solución con la vía que aplica.

Otro artículo del citado apartado que incide en la situación de la izquierda es el firmado por E. Gomáriz¹⁴, en el que también se estudia la crisis que está padeciendo en estos momentos la derecha española. Para el autor, la derecha padece una crisis orgánica que enlaza con la tradicional incapacidad política de la burguesía española para dotarse de representaciones políticas. Por lo que, "quien no exija la disolución de las Cámaras y el llamamiento a nuevas elecciones estará otorgando a UCD un precioso plazo de tiempo para resolver su crisis".

El autor mantiene la teoría de que el factor de crisis de la burguesía española es la intensa autonomía que el Estado adquirió bajo el régimen franquista, debido a que Franco sostuvo un estrecho control sobre el aparato del Estado, dejando la producción para la burguesía; ello retardó el cambio que venía pidiendo la sociedad desde mucho antes de que se produjese. Del mismo modo, la Corona comprendió que ese debía ser su propio camino: mantener su autonomía, que se basa en la del Estado. Su elección de Suárez no fue por otro motivo que el interés de aquél en mantener la citada autonomía. Y si en un principio Suárez iba a preparar el terreno a los partidos burgueses, la debilidad de éstos hizo que él mismo asumiera la dirección del proceso. Dicha debilidad era de carácter socio-económico (basada en las contradicciones entre diversos sectores que se disputaban entre sí los beneficios del sistema) y sociopolítico (debido a la comodidad y la inexperiencia que el sistema anterior les había proporcionado, y junto a esto la existencia de diversas opciones de apertura política).

Todo lo anterior supone una *crisis de dirección política* en el seno del gran capital, donde se distinguen dos posiciones claras: a) los sectores que entienden todo tipo de libertades y derechos como un debilitamiento de su capacidad de gestión empresarial; y b) los que distinguen claramente entre derechos sociales que afectan a las relaciones industriales y libertades individuales que incluso facilitan la integración de las capas medias en el nuevo proyecto de dominación¹⁵.

El autor se retrotrae al primer proceso electoral, que supuso, por una parte, la liquidación de las expectativas burguesas de una salida tipo Karamanlis de la dictadura, y por otra, la asunción de un nuevo carácter por el gobierno de Suárez. Durante los siguientes años se forma el gabinete de Suárez que integra a *representantes orgánicos* (como Garrigues, Calvo Sotelo...) y a *representantes inorgánicos* (estos últimos mayoría de la mano de Suárez, Fuentes Quintana y socialdemócratas). Al mismo tiempo, Suárez lanza los Pactos de la Moncloa, decide

14. GOMÁRIZ, Enrique: "El PSOE y la crisis orgánica de la burguesía", en *Zona Abierta*, nº 16, (1978), pp. 29-42.

15. *Op. cit.*, p. 33.

unificar UCD sin el acuerdo de los socialdemócratas, sufre presiones económicas que se reflejan en la distitución de Fuentes Quintana, se producen actos de indisciplina de voto en el Congreso, llegando la crisis a estallar en el seno de UCD por lo que se convoca el I Congreso Nacional. Para el autor, la situación se resuelve gracias al favor de la Corona, que en todo momento presta su apoyo a Suárez, quien promete a partir de estos sucesos mejor política para los empresarios una vez refrendada la Constitución, aunque ello no es óbice para que haya un intento de desbancar a la cúpula de la CEOE en favor de discípulos del presidente del gobierno.

Mientras, la situación de la izquierda ante esta crisis orgánica se caracteriza porque tanto el PSOE como el PCE quieren aprovecharse de la situación de UCD: por un lado, el PCE considera que mientras se mantenga aquel partido, puede acceder al *compromiso histórico*; y por otro lado, el PSOE prefiere ganarse a los socialdemócratas y acabar electoralmente con UCD. Por el contrario, UCD pretende seguir otros tres años sin convocar elecciones (que es lo que demanda el PSOE) con el apoyo del PCE que ha propuesto otros Pactos de la Moncloa. Por tanto, el PCE deja dos opciones: primera, UCD gobierna sola o con apoyos de los catalanes; o, segunda, se llega a un acuerdo UCD-PSOE. "Y, ciertamente, para el PC es capital el mantenimiento de un partido como UCD, primero para engullirse al PS como sucedió en Italia, y después para proponerle la concreción de un *compromiso histórico*". Del mismo modo, el PCE también critica que la desaparición de UCD daría lugar a una nueva mayoría, que resolvería la crisis orgánica de la burguesía, formada por sectores de UCD, los más inteligentes de AP y grandes excluidos como J.M. de Areilza, tendiendo consiguientemente hacia el modelo inglés, en el que estima el PSOE tendría suficiente espacio en el centro como para conseguir un gobierno el tiempo necesario para imponer el modelo sueco.

Para el PCE el modelo socialista es inviable porque la sociedad no lo soportaría ni tampoco los demás interesados en el gobierno de la nación, a lo que el PSOE responde que si se cuenta con liberales en el gobierno y se hace uso de la autonomía del Estado, el modelo es factible. El autor repone que es posible dicho modelo si se cuenta con los militares, se mantiene una economía moderada y la Corona participa (lo que la legitimaría en el menor tiempo posible). Para el autor el modelo de González es viable, si bien considera también que éste intentará permanecer en el gobierno por "bastante tiempo", y que no desenmascara su opción por miedo a trifulcas internas.

Mientras, el PSOE se mantiene en el filo de la navaja, ya que consenso existe entre la burguesía para que se convierta al laborismo. De hecho, la prensa ha pasado de atacarlo (para formar un partido socialdemócrata) a intentar reconvertirlo en ese partido socialdemócrata, intentos que ganarán fuerza a medida que el partido socialista vaya ganando votos; para transformarlo, el camino más fácil sería integrarlo en una coalición con UCD.

El autor, desacreditando a los que buscan "poltronas" y a los que hacen uso del verbalismo radical, considera que el PSOE tiene tres opciones tácticas públicas:

1) la más conocida pasa por llegar al gobierno e impedir la consolidación de los burgueses populistas (añadido a la creencia en el fin de la crisis económica y

el respaldo que ello daría a quien ostente el gobierno). La obsesión por el gobierno implica la caducidad de los movimientos de masas, y que el único poder real es el institucional del Estado (con la excepción del sindical): acceso a la Administración, Ayuntamientos... que requiere un determinado tipo de partido;

2) En la segunda opción se estima el partido como un partido de masas (que agrupa a las clases dominadas), con actitudes progresivamente anticapitalistas, con miles de militantes (que no técnicos), democrático y fuerte ("éste es el único objetivo por el que merece la pena gastar nuestros esfuerzos"). La formación de gobierno es positiva si no entra en contradicción con lo expuesto: las masas y el anticapitalismo. Hay que ganar a las masas para profundizar "la democracia en la perspectiva del socialismo". Y desde esta óptica la crítica a la tentación electoralista de la primera opción se basa en que se perdería la posibilidad de reformas en el horizonte socialista para pasar a gestionar el capitalismo (todo ello ya está visto y en nada es innovador ni esperanzador);

3) En la tercera opción se apuesta por la formación de un bloque anticapitalista de masas, de todos los partidos de la izquierda. Se rechaza el gobierno de concentración y el modelo sueco; pretendiendo ser en esta situación más un partido de oposición que de gobierno. La crítica que hacen a la segunda opción es que subestima la futura fuerza del PCE, el peligro del gobierno y la pérdida de carácter de clase. El autor considera infundadas estas críticas: primero, porque está por ver que el PCE gane votos, si el PSOE mantiene su estrategia; en cuanto a la pérdida de carácter de clase depende de la hegemonía que se consiga, y respeto al riesgo de gobernar, es todavía peor no prepararse para ejercerlo.

La validez de la presente exégesis debe buscarse en la presentación al lector de una visión de la transición política española no por minoritaria menos importante. Por otra parte se puede condenar el lenguaje farragoso de los textos junto con su descalabro teórico respecto al posible establecimiento de una sociedad socialista en España, patente para el lector actual. De igual modo, los presentes artículos responden a un interés político manifiesto en la actitud de la revista durante su desarrollo: se trata más de exponer ideología que de hacer ciencia social. De ahí el tono e, incluso, el lenguaje directo por el que se intenta no sólo instruir al lector sino ganárselo para la causa de *Zona Abierta*.